

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-05-2022

«Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien» (Mateo 11, 25-26).



Los sabios y los eruditos son aquéllos que quieren encerrar al Creador dentro de los límites de su propio intelecto. Pero Dios es libre. Dios es inmenso. Dios es amor. La infancia espiritual de los pequeños es la condición de quien reconoce a Dios como Padre, a quien puede tender la mano para dejarse conducir por él. Así lo ha hecho Magdalena Aulina: una mujer humilde, que ha acogido plenamente la palabra de Dios y su llamada.

Con gran alegría, hoy nos unimos todos a la alabanza que Jesús eleva al Padre. Juntos damos gracias a Dios por el don de su sierva Magdalena Aulina, que él donó a la Iglesia.

Hoy, en el 66 aniversario de la muerte de Magdalena, su "*dies natalis*", queremos dar gracias al Padre por los muchos dones con los que la enriqueció. Jesús nos dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5, 48). Jesús no puso ninguna condición. Todos podemos y debemos ser santos. Magdalena acogió en la fe la invitación de Jesús, viviendo su vida como un camino de perfección. La Iglesia lo está reconociendo oficialmente: Magdalena practicó las virtudes teologales y cardinales de manera heroica.

Jesús también nos dijo: «Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la gente» (Marcos 16, 15). Magdalena se lanzó con entusiasmo "a campo abierto", para anunciar y testimoniar el Evangelio de Jesús de una manera nueva, permaneciendo "en el mundo" sin ser "del mundo". Lo que el Papa Pío XII reconoció válido y eficaz hace 75 años (el 2 de febrero de 1947, con la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*), Magdalena ya lo había intuido y practicado.

"Ala avanzada de la Iglesia en el mundo" (como decía Pablo VI), Magdalena vivió el bautismo como "pertenencia a Cristo", por tanto, como "raíz de toda santidad", fuente de todas

las formas de consagración. "Locamente" enamorada del Señor, supo transformar el amor que le era dado en un "darse" total por el bien de los hermanos y de las hermanas.

Por el don de Magdalena, por los dones concedidos por el Señor a Magdalena, por los dones que nos ha dado y nos sigue dando Magdalena, hoy queremos repetir el himno de alabanza tan querido por ella: "Te, Deum, laudamus. Te, Dominum, confitemur". "A ti, oh Dios, te alabamos. A ti, Señor, te reconocemos. A ti, eterno Padre, te venera toda la creación. La santa Iglesia proclama tu gloria, adora a tu único Hijo, y al Espíritu Santo Paráclito".

Hoy, todavía te pedimos, oh Señor Jesús: "Socorre a tus hijos, a quienes has redimido con tu preciosa sangre. Recíbenos en tu gloria, en la asamblea de los santos. Salva a tu pueblo, guía y protege a tus hijos".

Y reafirmamos, junto a Magdalena, nuestra voluntad: "Cada día te bendecimos, alabamos tu nombre para siempre. Que tu misericordia esté siempre con nosotros: en ti hemos esperado. Tú eres nuestra esperanza, no seremos confundidos para siempre".

